

SU NOMBRE: CONSEJERO

Volumen 1 – Sermón No. 215

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO
26 DE SEPTIEMBRE DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero”
Isaías 9:6***

El día de reposo pasado en la mañana consideramos el primer título: “Se llamará su nombre Admirable”. Esta mañana tomamos la segunda palabra, “Consejero”. No necesito repetir la observación de que, por supuesto, estos títulos pertenecen solo al Señor Jesucristo y que no podemos entender el pasaje excepto refiriéndolo al Mesías, el Príncipe. Fue por un consejero que este mundo fue arruinado. ¿No se disfrazó Satanás como serpiente y aconsejó a la mujer con gran astucia? ¿No la convenció de que debía tomar para sí del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal con la esperanza de ser como Dios? ¿No fue ese mal consejo lo que provocó que nuestra madre se rebelara contra su Creador y no trajo la muerte a este mundo como consecuencia del pecado con toda su estela de dolor?

Ah, amados, era justo que el mundo tuviera un Consejero para restaurarlo, si tuvo un consejero para destruirlo. Fue por consejo que cayó y ciertamente sin consejo nunca podría haber surgido, pero fíjate en las dificultades que rodearon a tal Consejero. Es fácil aconsejar malicias, ¡pero qué difícil aconsejar sabiamente! Derribar es fácil, pero edificar ¡qué difícil! Confundir este mundo y traer sobre él toda su serie de males fue cosa fácil. Una mujer arrancó la fruta y listo, pero restaurar el orden en esta confusión, barrer los males que se cernían sobre esta hermosa tierra, esto era trabajo, ¡por supuesto! Y “Maravilloso” fue ese Cristo que se adelantó para intentar la obra y que, en la plenitud de Su sabiduría, ciertamente la ha llevado a cabo para Su propia honra y gloria, y para nuestra comodidad y seguridad.

Ahora entraremos en la discusión de este título que se le da a Cristo, un título peculiar a nuestro Redentor, y verás por qué se le debe dar a Él y por qué había necesidad de tal Consejero.

Ahora bien, nuestro Señor Jesucristo es un Consejero en un triple sentido. Primero, Él es el Consejero de Dios, se sienta en el consejo de gobierno del Rey del Cielo, tiene acceso al recinto privado y es el Consejero de Dios. En segundo lugar, Cristo es un Consejero en el sentido que

la traducción de los Setenta añade a este término, se dice que Cristo es el Ángel del Gran Concilio. Es un Consejero en el sentido de que nos comunica en nombre de Dios, lo que se ha hecho en el Gran Concilio antes de la fundación del mundo. Y, en tercer lugar, Cristo es un Consejero para nosotros, y con nosotros porque podemos consultar con Él, y Él nos aconseja y nos informa sobre el camino correcto y el camino de la paz.

Comenzando entonces, con el primer punto: Cristo bien puede ser llamado Consejero porque Él es **CONSEJERO DE DIOS**. Y aquí hablemos con reverencia porque estamos a punto de entrar en un tema muy solemne. Se nos ha revelado que antes de que existiera el mundo cuando Dios aún no había hecho las estrellas, mucho antes de que el espacio surgiera, el Dios Todopoderoso celebró un cónclave solemne consigo mismo. El Padre, el Hijo y el Espíritu celebraron un consejo místico entre sí sobre lo que estaban a punto de hacer. Ese concilio, aunque leemos muy poco de él en las Escrituras, sin embargo, se llevó a cabo con toda certeza, tenemos abundantes rastros de él. Es una doctrina oscura por el resplandor de esa luz a la que ningún hombre puede acercarse. Y no se explica simple y didácticamente, como lo hacen algunas otras doctrinas, pero tenemos seguimientos continuos y menciones incidentales de ese gran, eterno y maravilloso concilio, que se llevó a cabo entre las tres gloriosas personas de la Trinidad antes del comienzo del mundo.

Nuestra primera pregunta con nosotros mismos es ¿por qué Dios celebró un concilio? Y aquí debemos responder que Dios no celebró un concilio por alguna deficiencia en su conocimiento, porque Dios entiende todas las cosas desde el principio. Su conocimiento es la suma total de todo lo que es noble, e infinita es esa suma total, infinitamente por encima de todo lo que se considera noble. Tú, oh Dios, tienes pensamientos que son inescrutables y sabes lo que ningún mortal puede jamás alcanzar. Ni, de nuevo, hizo Dios ninguna consulta para el aumento de Su satisfacción. A veces los hombres, aun cuando han determinado qué hacer, sin embargo, buscarán el consejo de sus amigos porque, dicen: "Si su consejo está de acuerdo con el mío, aumenta mi satisfacción y me confirma en mi resolución".

Pero Dios está eternamente satisfecho consigo mismo y no conoce la sombra de una duda que nuble Su propósito. Por lo tanto, el concilio no se celebró con ningún motivo o intención de esa clase. Tampoco, de nuevo, se llevó a cabo con miras a la deliberación. Los hombres tardan semanas, meses y, a veces, años en pensar en algo que está rodeado de dificultades. Tienen que encontrar la pista con mucha investigación, envueltos en pliegues de misterio, tienen que quitar primero una prenda y luego otra, antes de descubrir la gloriosa verdad desnuda, no así Dios. Las deliberaciones de Dios son como relámpagos, son tan sabias como si Él hubiera estado considerando eternamente.

Y los pensamientos de Su corazón, aunque veloces como el relámpago, son tan perfectos como todo el sistema del universo. La razón por la que se representa a Dios celebrando un concilio, si lo pienso bien, si no me equivoco, es para que entendamos cuán sabio es Dios.

“En la multitud de los consejeros hay sabiduría”. Nos corresponde pensar que en el concilio de los Tres Eternos, siendo cada Persona en la Trinidad indivisa omnisciente y llena de sabiduría, debe haber existido la suma total de toda sabiduría. Y nuevamente, fue para mostrar la unanimidad y la cooperación de las Personas sagradas: Dios Padre no ha hecho nada solo en la creación o la salvación, Jesucristo no ha hecho nada solo. Incluso la obra de Su redención, aunque Él sufrió en cierto sentido solo, necesitó la mano sustentadora del Espíritu y la sonrisa de aceptación del Padre antes de que pudiera completarse. Dios no dijo: “Haré al hombre”, sino “Hagamos al hombre a nuestra propia imagen”, Dios no dice simplemente: “Yo salvaré” sino la inferencia de las declaraciones de la Escritura es que el designio de las tres Personas de la Santísima Trinidad, fue salvar a un pueblo para sí mismo que debería mostrar Su alabanza. Fue, pues, por nosotros, no por Dios, que se celebró el concilio, para que pudiéramos conocer la unanimidad de las Personas gloriosas y la profunda sabiduría de sus estrategias.

Otro comentario más sobre el consejo. Se puede preguntar: “¿Cuáles fueron los temas sobre los que se deliberaron en ese primer consejo que se llevó a cabo antes de que el sol supiera su lugar y se formaran los planetas?” Respondemos: “El primer tema fue la creación”. Se nos dice en el pasaje que hemos leído, [Proverbios 8] que el Señor Jesucristo, quien se presenta como Sabiduría, estaba con Dios antes de que el mundo fuera creado, y tenemos todas las razones para creer que debemos entender esto en el sentido de que no sólo estaba con Dios en compañía, sino con Dios en cooperación. Además, tenemos otras Escrituras para probar que “todas las cosas por Él fueron hechas y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. Y para citar nuevamente un pasaje que confirma esta Verdad, Dios dijo: “Hagamos al hombre”, por lo que una parte de la consulta fue con referencia a la creación de mundos y las criaturas que debían habitarlos. Creo que en el consejo soberano de la eternidad se pesaron los montes en balanza y los cerros en balanza.

Entonces se fijó en consejo soberano hasta dónde debería ir el mar y dónde deberían ser sus límites, cuándo debería salir y meterse el sol, como un gigante de las cámaras de su oscuridad, y cuándo debería volver de nuevo a su lecho de descanso. Entonces Dios decretó el momento en que debería decir: “Hágase la luz”, y el momento en que el sol se convertiría en tinieblas y la luna en un coágulo de sangre. Entonces Él ordenó la forma y el tamaño de cada ángel y los destinos de cada criatura. Luego dibujó en Su pensamiento infinito el águila mientras se elevaba hacia el Cielo y el gusano mientras excavaba en la tierra, entonces tanto lo pequeño como lo grande, lo diminuto como lo inmenso quedaron bajo el decreto soberano de Dios. Allí se escribió ese libro, del cual canta el Dr. Watts:

***“Encadenado a Su trono yace un volumen,
con todos los destinos de los hombres,
con la forma y tamaño de cada ángel,
dibujado por la pluma eterna.”***

Cristo fue un Consejero en el asunto de la creación, con nadie más tomó consejo, nadie más lo instruyó, Cristo fue el Consejero de todas las obras maravillosas de Dios.

El segundo tema que se discutió en este concilio fue la obra de la Providencia. Dios no actúa hacia este mundo como un hombre que hace un reloj y lo deja hacer a su manera hasta que se agota. Él es el Controlador de cada rueda en la máquina de la Providencia. No ha dejado nada a sí mismo. Hablamos de leyes generales y los filósofos nos dicen que el mundo está gobernado por leyes y luego descartan al Todopoderoso. Ahora bien, ¿cómo puede una nación ser gobernada por leyes sin un soberano, o sin magistrados y gobernantes para cumplir las leyes? Todas las leyes pueden estar en el libro de estatutos, pero al quitar a toda la policía, quitar a todos los magistrados, quitar al tribunal supremo del parlamento, ¿para qué sirve la ley?

Las leyes no pueden gobernar sin una agencia activa para llevarlas a cabo, ni podría la naturaleza proceder en sus ciclos eternos por Él todas las cosas consisten. Desde toda la eternidad, Cristo fue el Consejero de su Padre con respecto a la Providencia: cuándo nacería el primer hombre, cuándo deambularía y cuándo sería restaurado, cuándo surgiría la primera monarquía y cuándo se pondría el sol, dónde se colocaría a su gente, cuánto tiempo se colocaría y adónde se trasladaría. ¿No fue el Altísimo quien repartió a las naciones su herencia? ¿No ha señalado Él los límites de nuestra habitación? ¡Oh, heredero del cielo, en el día del gran concilio, Cristo aconsejó a su Padre sobre el peso de tus pruebas, sobre el número de tus misericordias, si son numerables, y sobre el tiempo, el modo y el medio por el cual serías traído a sí mismo! Recuerda que no hay nada que suceda en su vida diaria sino lo que fue ideado primero en la eternidad y aconsejado por Jesucristo para tu bien y en tu beneficio, para que todas las cosas puedan obrar juntas para tu beneficio y provecho duraderos.

Amigos míos, ¡qué profundidades insondables de sabiduría deben haber estado involucradas cuando Dios consultó consigo mismo con respecto al gran libro de la Providencia! ¡Oh, qué extraña nos parece a ti ya mí la Providencia! ¿No parece una línea en zigzag, de un lado a otro, hacia adelante y hacia atrás, como el viaje de los hijos de Israel en el desierto? Ah, mis hermanos, para Dios es una línea recta, directamente Dios siempre va a Su objeto, y, sin embargo, a nosotros a menudo nos parece que da vueltas.

Ah, Jacob, el Señor está a punto de proveer para ti en Egipto cuando hay hambre en Canaán, y está a punto de hacer grande y poderoso a tu hijo José. José debe ser vendido por esclavo, debe ser acusado injustamente, debe ser puesto en el hoyo y la prisión; él debe sufrir. Pero Dios estaba yendo directamente a Su propósito todo el tiempo, estaba enviando a José delante de ellos a Egipto para que pudieran ser provistos y cuando el buen patriarca dijo: "Todas estas cosas están en mi contra", no percibió la Providencia de Dios, porque no había una sola cosa en toda la lista que estuviera en su contra, todo estaba decretado para su bien.

Aprendamos a dejar la Providencia en manos del Consejero. Estemos seguros de que Él es demasiado sabio para errar en Su predestinación y demasiado bueno para ser cruel. Recordemos que en el concilio de la eternidad se ordenó lo mejor que se pudo haber ordenado, que si tú y yo hubiéramos estado allí no podríamos haber ordenado ni la mitad de bien, sino que nos hubiéramos hecho tontos eternos al entrometernos en eso. Ten la certeza de que al final veremos que todo estuvo bien y debe estar bien para siempre. Él es "Admirable, el Consejero", porque aconsejó en asuntos de la Providencia.

Y ahora con respecto a los asuntos de la gracia. Estos también fueron discutidos en el Concilio Eterno, cuando las Tres Divinas Personas en la solemne reclusión de su propia soledad consultaron juntas, las obras de la gracia. Una de las primeras cosas que tuvieron que considerar fue cómo Dios debería ser justo y, sin embargo, el Justificador de los impíos: cómo el mundo debería reconciliarse con Dios. Por lo tanto, usted lee en el libro de Zacarías, si va al capítulo seis y al versículo trece, este pasaje: "Habrá consejo de paz entre ambos". El Hijo de Dios con su Padre y el Espíritu ordenaron el Consejo de Paz, así estaba dispuesto. El Hijo debe sufrir. Él debe ser el Sustituto, debe llevar los pecados de Su pueblo y ser castigado en su lugar. El Padre debe aceptar la sustitución del Hijo y permitir que Su pueblo salga libre porque Cristo ha pagado sus deudas. El Espíritu del Dios vivo debe entonces limpiar al pueblo a quien la sangre ha perdonado, y así deben ser aceptados ante la presencia de Dios, el Padre. Ese fue el resultado del Consejo Eterno.

Pero, oh hermanos míos, si no hubiera sido por ese consejo, ¿qué cuestión habría quedado sin resolver! Ni tú ni yo podríamos haber pensado nunca cómo los dos deberían encontrarse, cómo la misericordia y la justicia deberían besarse sobre la montaña de nuestros pecados. Siempre he pensado que una de las mayores pruebas de que el Evangelio es de Dios, es su revelación de que Cristo murió para salvar a los pecadores. Ese es un pensamiento tan original, tan nuevo, tan maravilloso, que no lo tienes en ninguna otra religión del mundo, que debe haber venido de Dios. Como recuerdo haber oído decir a un hombre analfabeto y sin educación, cuando le conté por primera vez la sencilla historia de cómo Cristo fue castigado en lugar de su pueblo, estalló con aire de sorpresa: "¡Fe! Ese es el Evangelio, lo sé, ningún hombre podría haber inventado eso. Eso debe ser de Dios".

Ese pensamiento maravilloso, que un Dios mismo debe morir, que Él mismo debe llevar nuestros pecados, para que Dios el Padre pueda perdonar y, sin embargo, imponer la pena máxima, ¡es sobrehumano, súper angélico! Ni siquiera los querubines y los serafines podrían haber sido sus inventores, pero ese pensamiento se derivó primero de la mente de Dios en los concilios de la eternidad, cuando el "Admirable, el Consejero", estaba presente con Su Padre.

Nuevamente, otra parte del Concilio Eterno fue esta: ¿quién debería ser salvo? Ahora, mis amigos, ustedes que no gustan de la vieja doctrina calvinista tal vez se horroricen, pero no puedo evitarlo. Nunca modificaré una doctrina en la que creo, para complacer a cualquier hombre que camine sobre la tierra, pero probaré con las Escrituras que tengo la autorización de Dios en este asunto y que no es mi propia invención. Digo que una parte del Concilio Eterno fue la predestinación de aquellos a quienes Dios había determinado salvar y les leeré el pasaje que lo prueba. "En quien también obtuvimos herencia, siendo predestinados según el propósito de Aquel que hace todas las cosas según el designio de Su voluntad". La predestinación de cada uno del pueblo de Dios fue arreglada en el Concilio Eterno, donde la voluntad de Dios se sentó como árbitro soberano y presidente indiscutible. Allí se dijo de cada redimido: "En tal hora lo llamaré por mi gracia, porque con amor eterno lo he amado, y con mi misericordia lo atraeré".

El tiempo fue determinado cuando la sangre que habla la paz debe ser puesta en la conciencia de ese elegido, cuando el Espíritu del Dios vivo debe infundir gozo y consuelo en su corazón. Allí se estableció cómo ese elegido debería ser "guardado por el poder de Dios mediante la fe para salvación". Y allí estaba determinado y establecido por dos cosas inmutables, en las que es imposible que Dios mienta, que cada uno de ellos se salve eternamente, más allá de la sombra de un riesgo de perecer. El Apóstol Pablo no era como algunos predicadores que tienen miedo de decir una palabra sobre el Concilio Eterno, porque dice en su Epístola a los Hebreos: "Queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de Su consejo, la confirmó. por juramento".

Ahora, escuchas hablar sobre la inmutabilidad de la promesa, eso es bueno, pero la inmutabilidad del Concilio de Dios, es decir, profundizar hasta el último extremo de las doctrinas de la gracia. El Consejo de Dios desde toda la eternidad es inmutable. Nunca ha alterado un solo propósito, nunca ha cambiado un solo decreto. Él ha clavado Sus decretos contra los pilares de la eternidad y aunque los demonios han tratado de derribarlos de los postes de Su magnífico palacio, sin embargo, Él dice: "He puesto a Mi rey sobre Mi santo monte de Sión". El decreto se mantendrá, haré todo lo que Yo quiero. Tus consejos antiguos son fidelidad y verdad. Tú, Señor, en el principio hiciste los cielos y pusiste los cimientos de la tierra, tú has determinado Tus planes y propósitos y se mantienen firmes por los siglos de los siglos.

Creo haber declarado suficientemente cómo Cristo fue el Consejero en los asuntos trascendentes de la naturaleza, la Providencia y la gracia en el Concilio Eterno de la eternidad. Pero ahora quiero que noten qué misericordia fue que hubiera tal Consejero con Dios y cuán apto era Cristo para ser el Consejero. Cristo mismo es Sabiduría, y notó necesidad en sus ángeles, pero Él es Dios sólo sabio Él mismo. Si un necio se propone ser consejero, su consejo es locura, pero cuando Cristo aconsejó, su consejo estaba lleno de sabiduría. Pero hay otra

calificación necesaria para un consejero. Por sabio que sea un hombre, no tiene derecho a ser consejero de un rey a menos que tenga cierta dignidad y posición. Puede haber en mi congregación alguna persona de gran talento, pero si mi amigo se presentara en el consejo de gabinete y diera un consejo, lo más probable es que lo despidieran sin contemplaciones. Dirían: "¿Eres del consejo del rey? Si no, ¿qué derecho tienes a estar aquí?"

Ahora Cristo era glorioso. Él era igual a Su Padre, por lo tanto, tenía el derecho de aconsejar a Dios. Si un ángel hubiera ofrecido su consejo a Dios, habría sido una impertinencia insoportable, si los querubines o serafines se hubieran ofrecido voluntariamente a dar, aunque sea una sola palabra de consejo, habría sido una blasfemia. Él no aceptaría el consejo de Sus criaturas. ¿Por qué la Sabiduría ha de inclinarse desde Su Trono para aconsejar a la locura creada? Pero debido a que Cristo estaba muy por encima de todos los principados y potestades y de todo nombre que se nombra, por lo tanto, tenía derecho, no solo por su sabiduría sino por su rango, a ser un Consejero de Dios.

Pero hay una cosa que siempre es necesaria en un hombre antes de que podamos regocijarnos en que sea un consejero. Hay algunos consejeros acerca de la legislación de nuestro país en los que usted o yo no podríamos alegrarnos mucho porque sentimos que en sus consejos la mayoría de nosotros seríamos olvidados. Nuestros amigos granjeros probablemente se regocijarían con ellos. No hay mucha duda de que consultarán sus intereses. Pero, ¿quién ha oído hablar de un consejero que aconseje a los pobres? ¿O quién ha oído en estos años tanto como un atisbo del nombre de un hombre que realmente aconsejó por la economía y por el bien de su nación? Tenemos muchos hombres que nos prometen que nos aconsejarán, muchos hombres que, si tan solo los devolviéramos al parlamento, seguramente derramaría tal sabiduría en nuestro nombre, que sin duda seríamos las personas más felices e ilustradas del mundo de acuerdo con su promesa.

Pero, ¡ay!, cuando asumen el cargo, ¡no sienten una sincera simpatía por nosotros! Pertenecen a un rango diferente al de la mayoría de nosotros, no simpatizan con las necesidades y los deseos de la clase media y de los pobres. Pero, con respecto a Cristo, podemos poner toda confianza en Él porque sabemos que en ese Concilio Eterno se compadeció del hombre. Él dice: "Mis delicias estaban con los hijos de los hombres". ¡Hombres felices de tener un consejero que se deleita en ellos!

Además, aunque no era hombre, previó que iba a ser "hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne" y, por lo tanto, en el Concilio Eterno abogó por Su propia causa cuando abogó por la nuestra, porque sabía muy bien que Él iba a ser tentado en todos los puntos como nosotros, e iba a sufrir nuestros sufrimientos y ser nuestra Cabeza del Pacto en unión con nosotros mismos. ¡Dulce Consejero!

2. Habiendo discutido así el primer punto, procederé a considerar brevemente el segundo, según la traducción de la Septuaginta Cristo es **EL ÁNGEL DEL GRAN CONSEJO**. ¿Queremos tú y yo saber lo que se dijo y se hizo en el Gran Concilio de la eternidad? Sí. Desafiaré a cualquier hombre, sea quien sea, a no querer saber algo sobre el destino. ¿Qué significa la ignorancia de la gente común, cuando apela al brujo, al farsante? ¿Cuál es su propósito cuando preguntan al astrólogo y leen los libros del pretendido adivino? Pues, significa que el hombre quiere saber algo acerca del Consejo Eterno.

¿Y qué significa toda la desconcertante investigación de ciertas personas sobre las profecías? Considero muy a menudo que las inferencias extraídas de la profecía son muy poco mejores, después de todo, que las conjeturas del gitano de Norwood. Algunas personas que han estado tan ocupadas en predecir el fin del mundo, habrían sido mejor empleadas si hubieran predicho el fin de sus propios libros y no se hubieran impuesto al público con predicciones, tratando de interpretar las profecías, sin la sombra de una base.

Pero, de su credulidad, podemos aprender que tanto entre la clase superior como entre los más ignorantes hay un fuerte deseo de conocer los consejos de la eternidad. Amados, solo hay un cristal a través del cual tú y yo podemos mirar atrás a la tenue oscuridad del pasado velado, y leer los consejos de Dios y ese cristal es la Persona de Jesucristo. ¿Quiero saber lo que Dios ordenó con respecto a la salvación del hombre desde antes de la fundación del mundo? Miro a Cristo. Encuentro que fue ordenado en Cristo que Él debería ser el primer elegido y que un pueblo debería ser escogido en Él. ¿Preguntas la forma en que Dios ordenó salvar? Respondo, Él ordenó salvar por la Cruz. ¿Preguntas cómo ordenó Dios perdonar? La respuesta viene, Él ordenó perdonar a través de los sufrimientos de Cristo y justificar a través de Su resurrección de entre los muertos.

Todo lo que queráis saber con respecto a lo que Dios ordenó, todo lo que debéis saber, lo podéis encontrar en la Cruz. Debo mirar a Cristo. ¿Qué significan estas guerras, esta confusión, estas vestiduras ensangrentadas? Veo a Cristo nacido de una virgen y luego leo la historia del mundo al revés, veo que todo esto condujo a la venida de Cristo. Veo que todos estos se apoyaban unos sobre otros, como a veces he visto montones de rocas apoyándose unos sobre otros y Cristo, la gran Roca principal, sosteniendo la masa superior de toda la historia pasada. Y si quiero leer el futuro miro a Cristo y aprendo que Aquel que ha subido al Cielo, ha de volver del Cielo como subió al Cielo, así que todo el futuro es lo suficientemente claro para mí.

No sé si el Papa de Roma obtendrá o no un imperio universal, no sé si el imperio ruso devorará a todas las naciones del continente. Hay una cosa que sé, Dios derrocará, derrocará, derrocará, hasta que venga Aquel cuyo derecho es reinar.

Y sé que, aunque los gusanos devoran mi cuerpo, cuando Él se pare en los últimos días sobre la tierra, en mi carne veré a Dios y habrá suficiente en eso para mí. Todo el resto de la

historia carece de importancia en comparación con su final, sus problemas, su propósito. El final del primer Testamento es la primera venida de Cristo. El final de este segundo Testamento de la historia moderna es la segunda venida del Salvador y entonces se cerrará el libro del tiempo, pero nadie podía abrir la historia del Antiguo Testamento e interpretarla excepto a través de Cristo. Abraham podía entenderlo, porque sabía que Cristo había de venir, Cristo abrió el libro para él. Y así, la historia moderna nunca debe entenderse sino a través de Cristo. Nadie sino el Cordero puede tomar el libro y abrir todos los sellos, pero el que cree en Cristo y espera su advenimiento glorioso, puede abrir el libro y leer en él, y tener entendimiento, porque en Cristo hay una revelación de los concilios eternos.

"Ahora," dice uno, "Señor, quiero saber una cosa y si supiera eso no me importaría lo que pasó. Quiero saber si Dios desde toda la eternidad me ordenó ser salvo". Bueno, amigo, te diré cómo averiguarlo y es posible que lo descubras con certeza. "No", dice uno, "pero ¿cómo puedo saber eso? No puedes leer el libro del destino. Eso es imposible". He oído hablar de algún teólogo de una hiper escuela, de hecho, que dijo: "Ah, bendito sea el Señor, aquí hay algunos del pueblo amado de Dios, puedo decirlos por el mismo aspecto de sus rostros, yo sé que ellos están entre los elegidos de Dios".

No fue ni la mitad de discreto que Rowland Hill, quien cuando se le aconsejó que no predicara a nadie más que a los elegidos, dijo: "Ciertamente lo haría si alguien las marcara con tiza en la parte de atrás primero". Eso nunca fue intentado por nadie, así que Rowland Hill siguió predicando el Evangelio a toda criatura, como deseo hacer, pero puedes averiguar si estás entre Sus elegidos. "¿Cómo?" dice uno. Pues, Cristo es el Ángel del Pacto y puedes descubrirlo mirándolo a Él. Mucha gente quiere saber su elección antes de mirar a Cristo. Amado, no puedes conocer tu elección a menos que la veas en Cristo.

Si quieres saber tu elección, así debes asegurar tu corazón ante Dios, ¿te sientes esta mañana como un pecador perdido y culpable? Ve de inmediato a la Cruz de Cristo y dile eso a Cristo y dile que ha leído en la Biblia: "Al que a Él viene, no le echa fuera". Dile que Él ha dicho: "Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales tú eres el primero". Mirad a Cristo y creed en Él y daréis prueba de vuestra elección directamente, pues tan ciertamente como creéis que sois elegidos.

Si te entregas por completo a Cristo y confías en Él, entonces eres uno de los elegidos de Dios, pero si te detienes y dices: "Primero quiero saber si soy elegido", eso es imposible. Si hay algo tapado y digo: "Ahora, antes de que puedas ver esto, debes levantar el velo", y dices: "No, pero quiero ver a través de ese velo", no puedes, primero levanta el velo y verás. Acude a Cristo culpable, tal como eres, deja toda consulta curiosa sobre su elección, ve directamente a Cristo, tal como eres, negro en el pecado, desnudo, sin un centavo y pobre y di:

***“Nada en mis manos traigo,
simplemente a Tu Cruz me aferro,”***

y conoceréis vuestra elección, se os dará la seguridad del Espíritu Santo para que podáis decir: “Yo sé a quién he creído y estoy seguro de que es poderoso para guardar lo que le he encomendado”. Ahora nota esto, Cristo estuvo en el Concilio Eterno, Él puede decirte si fuiste escogido o no, pero no puedes averiguarlo en ningún otro lugar. Ve y pon tu confianza en Él y yo sé cuál será la respuesta. Su respuesta será: “Con amor eterno te he amado, por eso te he atraído con misericordia”. No habrá duda de que Él te ha elegido a ti, cuando tú no dudes de haberlo elegido a Él.

Hasta aquí el segundo punto. Cristo es el Consejero, es el Ángel del Concilio porque nos cuenta los secretos de Dios. “El secreto del Señor está con los que le temen y Él les mostrará Su Pacto.”

3. El último punto es que Cristo es **UN CONSEJERO PARA NOSOTROS**. Y aquí querré dar algunos consejos prácticos al pueblo de Dios. De una u otra manera, hermanos, no es bueno que el hombre esté solo. Un hombre solitario debe ser, creo, un hombre miserable. Y un hombre sin un consejero, creo, necesariamente debe equivocarse. “Donde no hay consejero”, dice Salomón, “el pueblo cae”. Creo que la mayoría de las personas lo encontrarán así. Un hombre dice: “Bueno, me saldré con la mía y no le preguntaré a nadie”. Tómalo, señor, tómalo, y descubrirás que al salirte con la tuya probablemente lo hiciste de la peor manera posible.

Todos sentimos nuestra necesidad en ocasiones de un consejero. David era un hombre conforme al corazón de Dios y trató mucho con su Dios, pero tenía a su Ahitofel con quien tomó dulces consejos y caminaron a la casa de Dios en compañía. Los reyes deben tener algunos consejeros. ¡Ay del hombre que tiene un mal consejero! Roboam tomó consejo de los jóvenes y no de los ancianos, y ellos lo aconsejaron para que perdiera las diez doceavas partes de su imperio. Conocemos a muchos que aconsejan a manos de necios encantos en lugar de acudir a Cristo, tendrán que aprender que hay un solo Cristo en quien se debe confiar. Y que por muy necesario que sea un consejero, no se hallará otro para satisfacer la necesidad sino Jesucristo el Consejero. Permítanme hacer un comentario o dos con respecto a este Consejero, Jesucristo.

Y, primero, Cristo es un Consejero necesario. Tan seguro como que hacemos cualquier cosa sin pedir consejo a Dios, caemos en problemas. Israel hizo una alianza con Gabaón y se dice que tomaron de sus víveres y no pidieron consejo de la boca del Señor, y descubrieron que los gabaonitas los habían engañado, si hubieran pedido consejo primero, ningún engaño astuto podría haberles impuesto en el asunto. Saúl, el hijo de Cis, murió ante el Señor en los montes de Gilboa y en el libro de Crónicas está escrito, “murió porque no pidió el consejo de Dios, sino que buscó a los magos”.

Josué, el gran comandante, cuando fue designado para suceder a Moisés, no se le dejó ir solo, pero está escrito: "Y el sacerdote Eliezer será su consejero y pedirá el consejo del Señor para él". Y todos los grandes hombres de la antigüedad, cuando estaban por hacer una acción, se detenían y decían al sacerdote: "Trae aquí el efod", y él se ponía el Urim y el Tumim y suplicaba a Dios y llegaba la respuesta y se concedieron buenos consejos. Tú y yo tendremos que aprender lo necesario que es siempre buscar el consejo de Dios.

¿Alguna vez buscó el consejo de Dios de rodillas acerca de una dificultad y luego salió mal? Hermanos, puedo testificar de mi Dios que cuando he sometido mi voluntad a la dirección de Su Espíritu, siempre he tenido motivos para agradecerle por Su sabio consejo, pero cuando le pregunté, habiendo ya tomado una decisión y hecho mi propio camino, tal como los israelitas con las codornices del cielo, mientras la comida estaba aún en su boca, vino sobre ellos la ira de Dios. Cuidémonos siempre de no ir nunca delante de la nube. El que va delante de la nube hace una misión tonta, y se alegrará de volver de nuevo. Un viejo puritano solía decir: "El que talla para sí mismo se cortará los dedos. Deja que Dios te esculpe en la Providencia y todo irá bien. Busca la guía de Dios y nada puede salir mal". Es un consejo sabio.

En segundo lugar, el consejo de Cristo es un consejo fiel. Cuando Ahitofel dejó a David, se demostró que no era fiel. Y cuando Husai fue a Absalón y lo aconsejó, lo aconsejó con astucia, de modo que el buen consejo de Ahitofel se desvaneció. ¡Ah, cuántas veces nuestros amigos nos aconsejan astutamente! Hemos sabido que lo hacen. Han buscado primero su propio beneficio y luego han dicho: "Si puedo lograr que él haga tal y tal cosa, será lo mejor para mí". Esa no fue la pregunta que les hicimos, era lo que sería mejor para nosotros, pero podemos confiar en Cristo, que en Su consejo para nosotros nunca habrá ningún interés propio. Con seguridad nos aconsejará con los motivos más desinteresados para que el bien sea para nosotros y el provecho para nosotros.

Una vez más, el consejo de Cristo es un consejo sincero. Odio ir a un abogado sobre todas las personas. Creo que el peor tipo de conversación es la conversación con un abogado. ¡Ahí está tu caso! ¡Dios mío, qué interés sientes por él! Lo extiendes ante él y él dice: "Hay una palabra en la segunda página que no es del todo correcta". Lo miras y dices: "Ah, eso no tiene ninguna importancia. Eso no significa nada".

Pasa a otra cláusula y dice: "¡Ah, aquí hay una buena oferta!". "Mi querido amigo", dices, "no me importan esas cláusulas insignificantes, ya sea que digan tierras, propiedades o herencias, lo que quiero que hagas es corregir esta dificultad con respecto a la ley". "Ten paciencia", dice. Debes pasar por muchas consultas antes de que él llegue al punto, y todo el tiempo tu pobre corazón está hirviendo porque sientes tanto interés en el punto principal.

Pero él es lo más genial posible. Crees que estás pidiendo consejo a un bloque de mármol. No hay duda de que su consejo finalmente saldrá bien y es bastante seguro que será bueno para usted, pero no es abundante. Él no entra en las simpatías del asunto contigo. ¿Qué le importa a él si tienes éxito o no, si el objetivo de tu corazón se logra o no? No es más que un interés profesional que toma. Ahora, Salomón dice: "Como ungüento para perfume, así es el buen consejo". Cuando un hombre arroja su propia alma en su caso, dice: "Mi querido amigo, haré todo lo que pueda para ayudarte, déjeme verlo". Y él se interesa tanto como tú mismo. "Si yo estuviera en tu posición", dice, "debería hacer tal y tal cosa. Por cierto, hay una palabra equivocada ahí". Tal vez te lo diga, pero sólo te lo dice porque está ansioso por tenerlo todo bien. Y puedes ver que su deriva es siempre hacia el mismo fin que buscas y que solo está ansioso por tu bien. ¡Oh, por un consejero que pudiera unir tu corazón al unísono con el suyo! Ahora bien, Cristo es un Consejero como ese, es un Consejero cordial, sus intereses y los tuyos están unidos y Él es cordial contigo.

Pero todavía hay otro tipo de consejo. David dice de uno, que después se convirtió en su enemigo: "Tuvimos dulce consejo juntos". Cristiano, ¿sabes lo que es un dulce consejo? Has ido a tu Maestro en el día de la angustia y en el secreto de tu cuarto has derramado tu corazón delante de Él. Le has presentado tu caso con todas sus dificultades, como lo hizo Ezequías con la carta del Rabsaces, y has sentido que, aunque Cristo no estaba allí en carne y sangre, sí estaba allí en espíritu y te aconsejó. Sentiste que el Suyo era un consejo que venía del mismo corazón, pero Él era algo mejor que eso. Había tal dulzura en Su consejo, tal resplandor de amor, tal plenitud de compañerismo, que dijiste: "¡Oh, si estuviera en problemas todos los días, si pudiera tener un consejo tan dulce como este!"

Cristo es el Consejero a quien deseo consultar cada hora y quisiera poder sentarme en Su recinto secreto todo el día y toda la noche. ¡Aconsejar con Él es tener un consejo dulce, un consejo sincero y un consejo sabio, todo al mismo tiempo! Bueno, es posible que tengas un amigo que te hable con mucha dulzura y dirás: "Bueno, es un alma amable y buena, pero realmente no puedo confiar en su juicio". Tienes otro amigo, que tiene mucho juicio y, sin embargo, dices de él: "Ciertamente es un hombre de prudencia sobre muchos, pero no puedo encontrar su simpatía. Nunca llego a su corazón, si fuera tan rudo e ignorante, preferiría tener su corazón sin su prudencia, que su prudencia sin su corazón". Pero vamos a Cristo y obtenemos sabiduría, recibimos amor, obtenemos simpatía. Obtenemos todo lo que posiblemente se pueda desear en un Consejero.

Y ahora debemos terminar notando que Cristo tiene consejos especiales para cada uno de nosotros esta mañana y, ¿cuáles son? Probado Hijo de Dios, tu hija está enferma, tu oro se ha derretido en el fuego, tú mismo estás enfermo y tu corazón está triste. Cristo te aconseja y te dice: "Echa tu carga sobre el Señor, Él te sostendrá. Él nunca permitirá que los justos sean conmovidos". Joven, tú que buscas ser grande en este mundo, Cristo te aconseja esta mañana:

“¿Buscas grandes cosas para ti mismo? No los busques”. Nunca olvidaré Midsummer Common. Yo era ambicioso, estaba buscando ir a la universidad, dejar a mi pobre gente en el desierto para poder convertirme en algo grande, y mientras caminaba allí, ese texto llegó con poder a mi corazón: “¿Buscas grandes cosas para ti? No las busques”.

Supongo que unas cuarenta libras al año era la suma total de mis ingresos, estaba pensando cómo podría llegar a fin de mes, y si no sería mucho mejor para mí renunciar a mi cargo y buscar algo para mejorarme a mí mismo y así sucesivamente, pero este texto resonaba en mis oídos: “¿Buscas grandes cosas para ti? No los busques”. “Señor”, dije, “seguiré tu consejo y no mis propios planes”, y nunca he tenido motivos para arrepentirme. Toma siempre al Señor como tu Guía y nunca te equivocarás.

¡Reincidente! A ti que tienes nombre de vivo y estás muerto, o casi muerto, Cristo te da un consejo: “Yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego y vestiduras blancas, para que puedas vestirme”. ¡Y pecador! Ustedes que están lejos de Dios, Cristo les da un consejo: “vengan a mí todos los que están trabajados y cargados, y yo los haré descansar”, confíen en ello, es un consejo amoroso, tómalo. Ve a casa y ponte de rodillas, busca a Cristo. ¡Obedece Su consejo y te regocijarás de haber escuchado Su voz, haberla oído y vivido!